

JUICIO POLÍTICO SOBRE LA CONSTITUCIÓN
Y SITUACIÓN ACTUAL DE LA REPÚBLICA.
MANIFIESTO Y PROTESTA

relativos al mismo, y Voto particular en la Comisión de división territorial
sobre la traslación de los Supremos Poderes de la nación
a la ciudad de Aguascalientes.
Por el ciudadano Luis García de Arrellano

A LA PRENSA NACIONAL

L'humanité este sourdement travaillée dans ses entrailles,
comme si elle allait enfanter un Dieu.

Edgar Quinet.

Los documentos parlamentarios, que doy a luz, son la más viva manifestación de la razón y del derecho, expresada en el lenguaje sencillo, veraz y enérgico del pueblo. No son una *Sátira Menipea*. Comprendo bastante la consideración debida a los poderes sociales y a la fuente de donde se derivan. Respeto al soberano congreso, que no los juzgó censurables. Respeto al supremo gobierno, siempre una necesidad, y que, si no es tan bueno, como debiera, deseo que se convierta y viva. Respeto la opinión pública, cuyo justiciero, inexorable fallo espero y temo. Me respeto a mí mismo para confundirme con miserables histriones, burlándome del país en circunstancias críticas. Igual respeto reclamo por mis opiniones, quizá erradas, pero de buena fe, y emitidas solamente en cumplimiento de mi deber. Me atrevo a esperarlas de los buenos ciudadanos. Respeto de la facción anti-nacional, ya veo levantada sobre mí la vara de su dictadura, pero, como Temístocles, le presento la espalda, diciendo: "*pega, pero escucha*".

Si a un hombre, a un Estado, se le compromete su existencia, se entran sus naturales movimientos, y se le aherroja el espíritu, por más que se le apostrofe, "independiente, libre, ilustrado," ciertamente, no lo es. A sí México. Por más que en pomposas frases, se le prodiguen hasta el fastidio tales epítetos, verdaderamente: ¿Es independiente? Los Estados Unidos le han arrebatado dos tercios de su territorio, comprado, como a los indios de las Floridas, a precios imaginarios y hecho imposible su hacienda. Ha pagado, o reconocido a Inglaterra 80 millones por 12 prestados. Francia le hace pagar a mano armada 600 mil pesos. A España le recono-

ce millones que no ha causado. Roma la gravó indirectamente. A gravan su triste condición las diarias reclamaciones de los ministros. Las convenciones, desconocidas en la diplomacia, por las que dos ministros traidores podrían venderla. La traición que así lo ha sacrificado al extranjero, para lucrar, y obtener su apoyo, que no encuentra en el *pueblo, que ha oprimido*, no necesitó nombrarla: se denuncia a sí misma por sus hechos.—Ella intentó, o llevó a cabo, la anexión de México a los Estados Unidos—, el tratado Letcher y Pedraza, la zona de comercio libre, la coalición, el arrendamiento de aduanas, las ventas de Querétaro y la Mesilla, y ... Hoy, se presenta el empréstito de quince millones, o el tratado *Forsyth y Montes*. No osaré decir, que es el resumen, el sello de los enunciados, que esclaviza la frontera, o que a este precio, se dispensa la ocupación de las manos muertas: tampoco que todo empréstito es ruinoso, sobre todo, cuando se empeña una parte del poder público en las aduanas; ni menos que por él, obtienen los Estados Unidos el protectorado de la Inglaterra sobre Portugal, su factoría sobre las Indias, ó el "*Matrimonio por el que son el marido, y México la esposa.*" Tan sólo, a nombre del país, interrogaré respetuosamente a su autor, que con tanta energía combatió el tratado Letcher y Pedraza. ¿Al suscribirlo, meditó bastante la cuestión económica? ¿La de patria libertad? ¿La de libertad de comercio? ¿La de nacionalidad? Y si es el resultado de la más profunda meditación, calculando sobre el monto de la deuda inglesa, proveniente de una cantidad inferior, ¿puede fijar la cifra, a que ascenderá este nuevo empréstito? ¿El contrabando, que se hará a su sombra? ¿El tiempo, que México estará privado de una de sus prerrogativas más esenciales?...

¿Es libre? El sistema feudal de los tres brazos es la más viva imagen del nuestro. En aquel, los nobles turbulentos consentían un fantasma de autoridad, a condición de que promoviese sus intereses, o tolerase sus desmanes. El ejército, clero, feudalismo, elevan o derrocan un gobierno, según sus miras, es decir, según promueve sus intereses, o tolera sus exigencias. Ejercen su acción por sí, por los jesuitas, por el influjo extranjero mencionado, por la *banda negra* de los agiotistas, por el indígena, sistemáticamente embrutecido y empleado como fuerza ciega y fatal; por los extranjeros que exentos de cargas civiles, contemplados por sus ministros, y en posesión del agio, contrabando y monopolio, se interesan por un sistema que les proporciona consideración y fáciles fortunas, y a veces hasta por los contrabandistas de los puertos. El poder de estas clases así combinado, unas veces domina con todo el peso de su absolutismo, otras, por medio de una facción, que goza de sus ricas clientelas, del poder, de la consideración de "PRUDENTE e ILUSTRADA"; y algunas, concertadas. Pero siempre, sustancialmente, en el *absolutismo colonial*: y para consolidarlo, a veces, corre a torrentes la sangre del pueblo inocente; mas la de los ambiciosos, que lo trastornan, es sagrada: ¡jamás cae un pelo de su cabeza! Desde esta capital, por sus innumerables empleados, envuelve a la nación, como una red de hierro; absorbe y anarquiza los estados; difama, mata, destierra o arruina a los patriotas; y paraliza todo movimiento progresivo del país con tales resortes, o cadenas más fuertes, que las que los poetas imaginaron, ligaban en el averno a Prometeo y Sísifo.

¿Es ilustrado? La luz, el progreso político, es la alianza del ciclo con la tierra, o del hecho con el derecho, en un periodo dado. Cuando el hombre rompe *violenta-mente* esta armonía, en las regiones sociales sobrevienen catástrofes, que de ninguna manera son el resultado del capricho de un déspota, o del oro, o la intriga de un poderoso, sino el efecto necesario de ese fluido latente, que ha electrizado y conflagrado las masas en las antiguas, como en las modernas sociedades. En el mundo moral, como en el físico, sus manifestaciones son dolorosas, llenas de ansias mortales, pues según su envejecido símbolo de la gentilidad, “el que debía llevar la raza humana a una nueva emancipación, nació en medio de las llamas, que devoraban la esposa del siglo antiguo y la madre del nuevo”. Pero tan eficaz disolvente es el derecho providencial, una idea divina. El lodo, la sangre, el crimen del hombre no pueden mancharla. Ella brilla, cual columna de fuego, en la noche de ignorancia y corrupción de los pueblos, guiando la marcha de la humanidad. A sí en la Europa moderna así en la América emancipada. Pero hasta esta idea regeneradora, esta guía, se ha perdido. El conservador la ha sofocado con su *materialismo*, el moderno con su *scepticismo*, el jesuita con su *sicut homo cadaver*, y hasta el progresista con el *absolutismo*. ¡A sí, toda carne ha corrompido su camino! ¡A sí, todo se sacrifica al Dios de Lucrecio! ¡A sí, del barro del hombre colectivo desaparece el espíritu de vida!

En presencia de esta Sombra de personalidad espirante, de este Crucificado, de este Job creería arrojarle a la cara el más sangriento sarcasmo, llamándolo: *independiente, libre, ilustrado*: advirtiéndole que tributa su sudor y sangre a naciones extranjeras, por el placer de que le dan tales títulos, los que lo venden o empeñan: diciéndole al oído, “bajo el régimen colonial, México íntegro, dependía de una sola nación, tenía asegurada su existencia material, y no sufría mucho por la privación de la intelectual, que no conocía:” o aplicándole este verso de Juvenal: “*Savior armis-Luxuria incubuit victumque ulciscitur orbem.*” “El lujo y la corrupción, más cruel que las armas, derriba a México, vengando a los pueblos oprimidos.” No; como los amigos de Job, sellaré mis labios, porque su dolor es vehemente. Pero, si dominado por el sentimiento, el labio calla, el corazón interroga. ¿México, como Ashvero, o el Judío errante, está condenado a caminar por el camino del Calvario, para oír resonar siempre en su oído esta voz de acero, ¡marcha! ¡marcha!?... ¿Debemos cruzarnos de brazos y decir con el Sr. Ocampo, “que en vista de tal situación, se pierde hasta la esperanza?” ¿Como el filósofo de la Grecia, debemos cubrirnos la cabeza con el extremo de la capa, para llorar en silencio y no ver tan hondas desventuras? O exclamar, como Aristides: “¡Oh patria! ¡oh virtud! ¿no seríais más que vanos fantasmas?...” Oh! no: la prueba toca a su fin. Triste es, en verdad, ver al genio renegar su misión, y tanto, que “cuando tal sucede, dice un poeta alemán: las vírgenes lloran en la tierra y los ángeles en el cielo”. Es desesperante ver al partido progresista abandonar la idea vivificante, para asir el polvo que se desmorona. Es desgarrador, ver desvanecida la esperanza de los estados, al ver al progresista retrogradar hasta el absolutismo.—Pero, por más que los hombres nieguen una idea, no pueden destruirla: es imperecedera: ciertos hombres no son un partido, ni esta capital la nación. Por otra parte, la naturaleza, ultrajada en el Estado, o en el

individuo, siempre reivindica sus derechos. La cadena de la perfectibilidad social es insoluble. La humanidad jamás retrograda en su marcha progresiva. Y cuando todo parece conjurarse contra la fe democrática del país, es un deber de todo creyente, confesarla en voz alta, para confirmar en ella a sus hermanos débiles. He aquí, por qué publico mi *Juicio político sobre la constitución; y mi voto particular sobre la traslación de los supremos poderes*. he aquí, por qué hago esta profesión de fe.

Creo que la independencia, hecha sin el concurso de naciones extrañas, de clases privilegiadas, de extranjeros aventureros ni de sus agentes, no tienen ningún título para convertirla exclusivamente en su patrimonio, sino que solo debe redundar en beneficio del pueblo mexicano, que la conquistó con su sangre. Creo que los estadistas *conservadores y moderados*, que hasta aquí han regido el país, por más que calculadamente se les haya celebrado, como oráculos, su fama es más grande que ellos y los abruma. En política, como en la ciencia, es una verdad el hecho o la hipótesis; y el hecho de la ruina nacional es una verdad. Creo que el absolutismo es un anacronismo. Anatematizado por los siglos, cincuenta meses de su ejercicio, y por el genio, como Moisés, Napoleón, Enrique IV, que opinaron: "sólo las constituciones fijan los derechos los de las naciones", ¿qué lo justificaría? Creo que el progreso sólo es posible. Como la mano Omnipotente, por las fuerzas centrípeta, centrífuga y de gravedad, conserva el mundo físico, así el moral, por el *progreso, retroceso, y stauquo*. Concluidos estos dos últimos su periodo, debe funcionar el primero. Creo que éste debe girar en el eje de una constitución, no cualquiera, sino la que está fundada en nuestras verdaderas tradiciones y exigencias. Creo que el gobierno se ha establecido para el bien de los asociados, y no para el de clases privilegiadas, extranjeros, agentes sin conciencia, con ruina del Estado y de sus dignos servidores. Creo que el gobierno debe sostenerse, no por el medio artificial y ruinoso de contratar empréstitos de millones para pagar sus agentes, sino por el amor del pueblo, adquirido por reformas, que mejoren su condición. Creo, que un gobierno puede, y debe, levantar la nación, si como los mismos reyes feudales, se apoya en el pueblo contra sus comunes opresores, y marcha por la verdadera tradición, indicada en mi *Dedicatoria*. Creo, por último, que si de este modo no adquiere México cuanto antes su personalidad, el yankee, que "invade diez y siete millas por día," antes de mucho tremolará definitivamente el pabellón estrellado sobre los alcázares de Moctezuma, porque en su postrimer trance, los extranjeros y "extranjeros," no sólo volverán a enarbolar sus banderas, "sino que insultarán la agonía" de la noble nación, que tan generosamente les diera el ser, o les abrigara en su seno.

Verdad es, que contra ello, los que más decantan "el siglo de las luces," oponen directa o indirectamente las tradiciones de Felipe II. Mas a juzgar de las causas por los efectos, por estas y acen: México predestinado, en el borde la tumba: los Estados, de ricos elementos, encadenados: Zacatecas, rival de México un tiempo, arruinado; Tamaulipas; y Coahuila, han sido siempre defensores del progreso, y de la nacionalidad, contra el ibero, el yankee, el bárbaro, el filibustero, y sin embargo, éste espiró, y el primero está amenazado. Tamaulipas, sostuvo la independencia, proclamando una acta comparable a la de Jefferson y contribuyó a consolidarla en el Pánuco;

proclamó el primero la República y la consolidó en Padilla; sostuvo siempre la Federación particularmente contra Santa-Anna; proclamó antes que ningún estado, la libertad de conciencia, la libertad de comercio, y ha iniciado las grandes reformas, y sin embargo, calumniado de *bárbaro, anarquista, y anexionista*, ha sido mistificado en los muertos, y tratado, como país conquistado. Los órganos que ilustran la opinión, enmudecen. Los grandes patriotas, han perecido en el cadalso, el destierro y la miseria. Y si al que habla, le fuera lícito, siquiera nombrarse al lado de tan ilustres ciudadanos, diría: que por su consagración absoluta a la patria, honrado en la frontera con su alta confianza, con el título de uno de sus tribunos, y con *tres votos de gracias*, después de cuatro años de persecución, hoy, “como el Hijo del hombre, no tiene una piedra donde reclinar la cabeza”.

Preveniciones interesadas, sin embargo, lanzarán su anatema a este escrito y su autor; porque sostiene la causa de la nacionalidad y del progreso, y porque inspira a los Estados fronterizos una *esperanza de salud*, para no separarse de México, y a éste, la necesidad de un gobierno justo para evita el *dies iræ*. Mas la palabra está pronunciada. Tal vez morirá sin eco, porque es la de un hijo del pueblo, “víctima expiatoria”; y sobre todo, habitante de esa frontera cuyos hombres y cosas sistemáticamente se difaman y nulifican, como España lo hiciera con las Américas. Pero tengo fe en que, “la humanidad, sordamente trabajada en sus entrañas, como si ella fuese a alumbrar un Dios, producirá el Verbo, la perfectabilidad social”. Moisés, Rómulo, Mahoma, fundadores de pueblos; el Hijo de un carpintero, formando la revolución más grande del universo; el bárbaro Attila, sojuzgando un imperio civilizado; Pedro el ermitaño, levantando un continente; y nuestros héroes, hijos del pueblo, ¿qué otra cosa son más que humildes instrumentos de los grandes fines de la Providencia? ¿quién sabe, si de la misma manera, este grano de arena contribuirá eficazmente con su palabra a la reconstrucción del edificio patrio? ¿quién sabe, si esta leve paja, arrebatada por el torbellino revolucionario, no es atraída por el imán de la verdad social? ¿quién sabe, si México deba oír esa verdad por la boca de uno de esos llamados, “bárbaros del Norte?” Como quiera que sea, lo consagro a Tamaulipas, mi patria; al autor de “*Mis quince días de ministerio*,” que proclama esta fórmula: “*No digamos hemos sufrido, sino hagamos por no sufrir más;*” a los estados y patriotas que sufren y esperan en el porvenir; y a la prensa nacional. Si sus directores, creyéndolo de interés público, siquiera porque puede promover una polémica provechosa al país, se dignan insertarle en sus columnas, se los estimará muy particularmente.

Luis García de Arrellano